



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15-06-2025

*“Muy apreciado hermano mío en el Corazón de Jesús. Sólo dos rayas, hermano mío, para recordarte lo grande que son para ti estos momentos que Jesús te deja pasar: serenidad, calma y fe.*

*Serenidad, para comprender que Jesús todo lo dispone para nuestro mayor bien; pues aunque sea llorando, dale gracias.*

*Calma, para demostrar a las almas flacas que tu corazón todo lo quiere para tu Dios, y por esto, como comprendes que es Padre de misericordia, nada te ha de faltar. No temas sus designios.*

*Fe; sí, fe, hermanito mío, para creer en todo lo que Jesús disponga, pues tu buena Madre no te dejará, desde la eternidad vigilará tus pasos con gran amor.*

*Pues acatemos, sí, José M.<sup>a</sup>; todo es de Dios y es bien suyo cuando nosotros más lo desesperamos.*

*Pido mucho por ti a fin de que te hagas cargo de estas bondades que Dios hace en ti.*

*Mira, hemos recibido un telefonema del Sr. Roca, a las 11½ de la mañana, y enseguida hemos rogado, y como hoy es la Sagrada Familia y es la fiesta de nuestro Casal, le hemos ofrecido toda la función de la tarde; lo hemos hecho con gran solemnidad, todo para su alma.*

*Tu madre, sé muy bien lo que Jesús se la amaba, y nuestra Venerable Maestra no la ha dejado un instante, recordándome en cada momento que por ella le pedía, que su alma corría a su amor de protección.*

*Ya ves, José María, qué felicidad la de tu buena Madre, estar ya entre los justos...”*

El 10 de enero de 1932, Magdalena escribe esta carta de condolencia al ingeniero José María Cascante, por la muerte de su madre.

Para Magdalena el señor José María era como un hermano. “Muy apreciado hermano mío en el Corazón de Jesús”, le escribe. El ingeniero Cascante fue posteriormente acogido y hospedado por Magdalena durante la guerra, junto a sus dos hijos (José M. y Rafael M.) y sus dos hijas (María Dolores y Catalina, Operarias Parroquiales).

En la carta, Magdalena le recomienda serenidad, calma y fe.

También hoy, en las circunstancias adversas que nos rodean, necesitamos mucha serenidad para percibir la voluntad del Señor y poder darle gracias incluso con el corazón lleno de dolor.

Necesitamos calma para demostrar que Dios es un Padre misericordioso que ayuda y levanta a los débiles.

Necesitamos fe para creer en Jesús, siempre y en todo; para creer que desde la eternidad nuestros seres queridos velan por nosotros. Para creer, por lo tanto, en la comunión de los santos, que nos da profundo consuelo y esperanza: no estamos solos en nuestro camino, contamos con el apoyo de los hermanos y de las hermanas en la tierra y con la poderosa intercesión de los santos en el Cielo.

Magdalena recordaba con frecuencia la maravillosa realidad de la “comunión de los santos”, que es la Iglesia misma como familia unida, viva y dinámica, que trasciende el tiempo y el espacio, en la que todos nos sostenemos mutuamente en el camino hacia el Padre.

Es una realidad de amor e intercesión que une el Cielo, la tierra y el Purgatorio en una gran familia.

Magdalena concluye esta carta con las siguientes palabras: *“Sé agradecido y entrégate cada día más a tu Jesús y María Inmaculada, y a tu fiel Maestra, que tanto te ama, Gema Venerable. Te recordaré en cada instante ante Jesús, María y Gema Venerable. Tu hermana, Magdalena Aulina de J[esús]. M[aría]. y G[ema].”*

Como de costumbre, Magdalena lleva a todos y todo a los Corazones de Jesús y de María. También nosotros le pedimos que nos recuerde a todos y las necesidades de nuestro mundo. Reafirmemos nuestra fe en la fuerza de la comunión de los santos, confiados en su protección e intercesión.

Y con plena confianza en Dios, que es Padre de misericordia, repitamos con fuerza:

**“Padre nuestro... hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”**

(Mateo 6,9-10).

Que esta sea nuestra oración siempre, en los momentos felices y en los tristes.

